



Esteban Sánchez en el recuerdo con Guadalupe al fondo

CARLOS CORDERO

“Guadalupe es más de lo que se pueda describir... porque sucede que la naturaleza, el arte, la belleza resultante de esa naturaleza y ese arte que en Guadalupe son una constante inseparable, resultan también inaprensibles... y que por encima de todo Guadalupe es un auténtico milagro... y no habrá de tener fin mientras que en este mundo haya vida y fe y sobre todo, ese culto al misterio que nos hace amar la belleza...”

Esteban Sánchez Herrero (Diario HOY, 11-10-1980)



Junto a los centenares de libros que ocupan los anaqueles de mi biblioteca, varias fotografías se anteponen a los títulos; son instantáneas que corresponden a viejas amistades unas y, otras, a recuerdos íntimos. Las hay modernas como, por ejemplo, la que me hice con un buen amigo de Esteban, el genial Daniel Baremboin, a su paso por Guadalupe en el otoño de 2008. Entre esas fotos hay una en la que aparece Esteban Sánchez, con dieciséis años, tocando el piano cuando ganó el Premio “Eduardo Aunós”, del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Esteban aparece con toda su carga juvenil, con el pelo rizado, con perfil de joven de tierra adentro, con el alma cultivada por los estudios pianísticos, pero sin dejar de ser por ello un mozuelo de pueblo. De un pueblo llamado Orellana la Vieja, de la parda Extremadura, donde había nacido y adonde un día volvió tras su paso por el mundo de la música clásica en su especialidad del piano, porque él, en el fondo, lo que quería era ser extremeño de la tierra dura, de su tierra, llamarse Esteban Sánchez, que no es ni con mucho, como dicen algunos, nombre y apellido de pianista, sino, más bien, de, por ejemplo, constructor o albañil de pueblo. Esa foto está como presidiendo mi vida bibliotecaria en mi casa de Guadalupe, porque, en realidad aquel músico fue el mejor libro de mi vida, el mejor descubrimiento entre los varios que he tenido desde los últimos cincuenta años de mi existencia, y, en el fondo, otra vez vuelvo a decir que al estar con Esteban yo

sentía que la gracia de Dios estaba a mi lado, a pesar de su albeniciana vida que a más de uno le molestaba. Su memoria se me aparece muchas veces al igual que la rabia contenida porque Esteban no quiso ser más de lo que era. Digo yo si no fue un plan premeditado para retirarse de todos los que esperábamos que se pasease por el mundo como Baremboin. Es como si a la fuerza le hubiesen hecho pianista, o como *si*, “*quieras o no, vas a demostrar todo lo que tu alma y tu cuerpo es capaz de hacer en el teclado que tienes por delante*”. Así, desde los primeros años con su tío en Plasencia hasta los años setenta del siglo XX, o sea, unos treinta y cinco años, nuestro pianista hizo las delicias de los que tuvieron la suerte de verle y oírle; pero la vida y sus circunstancias y su forma de ser le hicieron volver a su tierra despreciando honores, que ya los tenía, obviando títulos que también los tenía, y apartándose de toda la parafernalia que rodea el mundo de la música, para refugiarse junto a los suyos, al pie del Guadiana, y aceptando dirigir el conservatorio de Mérida y dar clases en Badajoz. Se puso a disposición de su mundo extremeño, pero nada más. Corto quedaba en la memoria, como todos aquellos que le denominaron “genial”, o que al escuchar sus grabaciones las consideraron “excelentes”, como nos recuerda Justo Romero en su libro sobre Albéniz. Tras ser nombrado académico de Extremadura, Esteban se hace tierra extremeña, no deja de imitar a su amor pianístico, Isaac Albéniz, entre ellas engordar, para hacer de las cosas que hizo el músico catalán fuera de la música, y vive en su entorno entre las charlas con sus paisanos a pie de mostrador, reír con el vivir castizo de sus gentes, demostrar de vez en cuando que fue y es pianista, y de categoría, y venir una vez por lo menos a Guadalupe a primeros de año, para revivir su sentimiento de niño cuando le traía su familia o su tío. Su mundo se redujo a Badajoz, Mérida, Don Benito o Guadalupe, teniendo como epicentro su pueblo de Orellana donde el calor te hace apetecer la jícara de ajo blanco, o la raja del exquisito melón que tanto se prodiga allí junto con los platos de su rica gastronomía, y siempre al calor de su vetusta y alegre madre y sus hermanos, gente sencilla de pueblo que acogieron al hijo pródigo que la vida le hizo mezclar Orellana con Falla, Granados, Turina, Albéniz, Schumann o Beethoven. Misterio insondable de

un ser humano nacido para la cultura, que dominó como pocos el teclado, de tal manera que si los compositores que él interpretó le hubiesen escuchado, le habrían aplaudido de pie asombrados porque aquel pianista sabía interpretar lo que ellos habían plasmado en el papel pautado como pocos.

Ni yo en mi humilde entendimiento de la música clásica, ni otros con más sabiduría, han sido capaces de desentrañar ese cambio brusco en la vida de Esteban, que de genio del piano se convirtió, a la mitad de su vida, en un sencillo pianista que mezclaba la aburrida vida pueblerina con su vida de funcionario, lejos de los escenarios que le habían aplaudido a rabiar y lejos de las críticas más encomiables. Dios sabrá por qué aquel gordo extremeño como en su día Rubinstein diría de Albéniz, “aquel gordo español”, desanduvo su vida y olvidó su compromiso con las masas que amaron y reconocieron su arte sin igual.

A continuación, vamos a recordar aquellos años en que el piano de Esteban se hizo presente en Guadalupe.

En 1971, quien os habla, fue nombrado Presidente de los Caballeros de Santa María de Guadalupe, para pilotar una nave nacida en 1929, tras la coronación de la Patrona de Extremadura, que se dedicó desde entonces a propagar la devoción a esta imagen mariana tan metida en el alma del pueblo y la historia extremeña. En mi presidencia, sin olvidar la parte espiritual del cometido asociativo, quise que no faltase en nuestra actividad el mundo de la cultura, mediante conferencias alusivas al tema Guadalupe, dadas por expertos en el mundo hispanoamericano, y mediante conciertos musicales, faceta esta última que, curiosamente, los fundadores de la asociación la mantuvieron aunque sólo fuera con los conciertos de la banda de música local y la coral de Guadalupe. Así lo hemos comprobado en los programas anuales que conservamos que reflejan las actividades alrededor del 12 de octubre, fecha conmemorativa de la coronación.

Contando con la ayuda de personas como el prior del Monasterio, fray Serafín Chamorro, el sacerdote Nicolás Sánchez Prieto y una Junta Directiva donde primaba el amor sin límites por la Virgen de Las Villuercas, la nave comenzó a navegar con otra singladura pero teniendo como bandera a la

Patrona de Extremadura, por la que lucharon en 1906 diez mil extremeños para conseguir que en 1907 fuese nombrada Patrona de la tierra, y así emprendiese la restauración de lo que la Desamortización de 1835 había convertido en ruina por el abandono monacal al ser expulsados los jerónimos que enaltecieron el lugar desde 1389.

Este que os habla contó fuera de Guadalupe con la amistad, nacida años antes cuando yo ejercía de maestro en Valdecaballeros, de una de las personas más cultas que he conocido, como fue Carmelo Solís, quien por su mediación me dio a conocer al hoy académico de Extremadura, Miguel del Barco Gallego, organista reputado y tantos años director del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid. Ambos me hicieron el regalo, en 1973, de traer a un pianista, al que yo no conocía con todas las de la ley, salvo un leve recuerdo de un compañero de trabajo en una empresa de Madrid, que en los finales de los años cincuenta me hablaba de un pianista extremeño de categoría. Mi vida no era por entonces tan dada a entrar en ese mundo de la música clásica, aunque he heredado de mi padre que fue organista en una parroquia de pueblo, el amor por la misma no era ajeno a ese mundo, pues yo leía de pequeño en *ABC* las críticas de don Norberto Almandoz y otros, y en mi etapa madrileña asistía con mi entonces novia, hoy mi mujer, a los conciertos de las mañanas de los domingos al Monumental para oír a la Orquesta Nacional. Siempre de tanto oírsele a **mi** padre. Ese personaje era Albéniz. Mi padre le adoraba, como adoró siempre a su maestro de música en Guadalupe, fray Víctor Sillaurren, muerto en Fuente del Maestre en los escabrosos años treinta, así como a Ataúlfo Argenta, cuya muerte fue declarada día de luto en mi Casa. Tanto quería mi padre a Albéniz, que sólo fue una vez al cine para ver una película sobre la vida del ilustre hijo de Camprodón. Yo le acompañé aquella noche de verano. Por el libro de Antonio Baciero, de 2008, me enteré que aquel personaje que hacía de Albéniz niño era Esteban Sánchez. Sin querer, Isaac Albéniz, mi padre, Esteban y yo, estábamos metidos en el mismo cesto musical, donde el teclado hacía de contrapunto en la distinta vida de cada uno de nosotros.

1973 es el año en el que en su mes de octubre voy a conocer al pianista Esteban Sánchez Herrero. Fue con motivo de las II Jornadas de Hispanidad de aquel año. Con fecha 8 de octubre, Esteban daba su primer concierto en Guadalupe dentro de esas Jornadas, en la capilla de Santa Paula, al pie de la subida al camarín de la Virgen y ante la puerta del Relicario. Trajimos para tal recital un piano de cola, marca Petrof, donde Esteban interpretó obras de Beethoven, Schumann, Rachmaninoff, Albéniz, Falla y Granados. La sala fue ocupada al completo por un público que desde octubre de 1972 y hasta los primeros años de la década de los ochenta, se acostumbró a asistir a las conferencias y a los distintos conciertos que se darían en el Real Monasterio entre el 6 y el 12 de octubre de cada año. En 1973, es premiado con el Premio Hispanidad de Poesía, un periodista joven que trabajaba en el *ABC* de Madrid. De nombre Santiago Castelo, que quedaría unido de por vida, de manera pública, a su amor de niño, Santa María de Guadalupe. Desde aquella fecha y hasta hoy, él, Miguel del Barco y Serafín Chamorro, que aún viven, fueron puntales junto con otros ya fallecidos para mantener el programa proyectado, donde una directiva compuesta por hombres de la población guadalupense era la masa obrera que trabajaba, así mismo, por amor a Santa María. Yo hablé con Esteban. Me dijo que venía de dar un concierto en la madrileña Sala Fénix, y que para el concierto de Guadalupe tocaría a los compositores antes nombrados. Yo le opiné que el concierto deberla ser ló más asequible para el público que le iba a escuchar. El me contestó que si al pueblo no se le ofrecían esas cosas, cuándo se le iba a hacer. Como yo opinaba lo mismo, di la callada por respuesta. Sabía, por otra parte, que por Guadalupe tocaría gratis, pero alguien me aconsejó que se le gratificase, lo que hicimos con la cantidad de siete mil de las antiguas pesetas, importando el alquiler del piano, dieciocho mil. Aclaro al respecto, que aquí no se daba eso de que para la música moderna hubiese dinero y para la clásica, no. Es que había poco en las arcas. La nave de santa Paula, como decimos, fue el lugar elegido, y el camerino para el artista sería la sacristía de los famosos zurbaranes. El público, que llenó el lugar, con mi lógico nerviosismo porque era la primera vez que se hacía tal acto musical en la vieja

puebla, respondió como si se tratase de la mejor sala de conciertos de Madrid o París. Si la primera parte estuvo dedicada a músicos europeos por los cuales Esteban sentía verdadera predilección, la segunda lo dedicó a su gente española: Falla, Albéniz y Granados. Con toda la seriedad que imponía el acto, sabedor de que ocupaba la casa de su amor de niño para un recital de piano, Esteban llenó el alma de los pocos entendidos que le escuchaban, y embelesó a los que en su vida sólo habían oído a la banda del pueblo o habían asistido a las zarzuelas que alguna que otra vez se representaban en el cine local. Y es que el excelente pianista motivó otra vez, como tantas veces, con su forma de interpretar, fiel a lo escrito pero dándole un sello personal a su actuación como pocos han sabido hacerlo antes y después de él. Ahora me viene a la memoria el comentario de Álvaro Marías, en enero de 1906 en *ABC*, con motivo de la muerte del flautista español, Rafael López del Cid, a la altura de los míticos Rampal o Galway, cuando decía que al oír tocar a Rafael López del Cid a dúo con Esteban Sánchez, se tenía la impresión de haberse juntado dos monstruos de la Naturaleza.

El día 7 de octubre de 1975, Esteban Sánchez volvía a colaborar con los Caballeros de Guadalupe, en las llamadas IV Jornadas de Hispanidad Volvió a tocar en la capilla de Santa Paula, en un piano Petróf, cedido por Real Musical, donde interpretó *Pastoral variada*, de Mozart; el *Carnaval de Viena*, de Schumann; la *Balada número 2*, de Liszt, y la famosa y tan querida pieza de Isaac Albéniz, *La Vega*, de la Suite Alhambra. No estoy muy seguro, pero me parece que se le gratificó con la cantidad de veinte mil pesetas, habiéndonos gratificado antes el artista para que el piano no nos costase nada. Todavía hay alguno por ahí, que fue testigo del concierto, que sin ser un experto en esta música, dice que cada vez que entra en la citada capilla le viene a la memoria dicho recital, con el piano de cola, un público expectante que no olvidaba el concierto de 1973, la belleza del lugar y aquel músico de fama universal, enfundado en su frac, tocando en un pueblo, y no olvida. Yo tampoco, puesto que las piezas escogidas eran de sus músicos preferidos. Cómo sonó la pieza que tanto amaba Esteban!, como dice Justo Romero, que tocó hasta los finales de su vida en los conciertos que ya no daba con tanta

frecuencia, y que correspondían a los dados por invitación en Extremadura, como éste de Guadalupe. Coloratura, timbre, emoción a raudales y evocación apasionada hicieron que la noche, más propia de una sala europea, llenase de felicidad a los que tuvimos la dicha de ser testigos de la misma. El organista del Monasterio, fray José Perea, ya fallecido, me comentaba exultante lo que había visto y oído.

Dice el cronista que, al final de este concierto, y ante los continuos aplausos de la multitudinaria concurrencia, Esteban volvió al piano para maravillarnos con un estudio para la mano izquierda, que después de tantos años creo que era de Scriabine, finalizando con el famoso *Tango*, de Albéniz, que en boca del citado Justo Romero era una obra que en manos de Esteban *“se convertía en una auténtica y plácida orgía para los sentidos, en la que ralentiza el tempo y serena el ánimo, para explayarse mórbidamente en la belleza rítmica y melódica del fragmento”*. Así lo fue y lo entendió el público presente a pesar de no tener suficiente capacidad crítica. Y así era Esteban de artista y de espléndido.

Después del concierto, lo de siempre, es decir, aquel pianista se convertía en el doble de Isaac Albéniz. Se fundía con el pueblo, dejaba de lado la exquisitez del concierto y al grito de “echa mecha metemecha” pedía unas cervezas y una ración de morcilla tan típica en Guadalupe. Y con ello el chiste fácil o la ocurrencia captada en los personajes de su pueblo, contadas con el mejor uso del idioma, en lo que también era un experto, mientras Miguel del Barco y el que suscribe nos partíamos de risa. Miguel le llamaba “maestro” y él, a su vez, “maestrísimo”, mientras imitaba la forma de fumar de su amigo organista. Entre charla y charla, o entre vaso y vaso, sus dedos se deslizaban por el mostrador como en un hipotético concierto. Me parece verle así ahora.

En octubre de 1977, vuelve Esteban a la puebla guadalupense para tocar un concierto junto con el organista y amigo Miguel del Barco, con el título de “Concierto para dos instrumentos de tecla”, con obras del padre Soler. Los concertistas se colocaron en el coro de la basílica. De este concierto tenemos el anuncio del mismo pero no el programa de mano. Sabemos por el libro de

Baciero que por el año 1974, Miguel y Esteban grabaron en RNE un “concierto para dos órganos obligados número 1 en do mayor”, en versión para piano y órgano. Puede que fuera éste. Además tocaron otras piezas. Ambos concertistas eran declarados seguidores del insigne jerónimo. Este concierto también gustó mucho al público que ocupaba los asientos del coro y los de la basílica. Yo me quedé sorprendido al ver tocar a Esteban pues sus manos se deslizaban sobre el teclado del piano de tal manera que parecía estar tocando en un clave. Para este concierto, un carpintero del pueblo, Pedro Tena, recientemente fallecido, hizo un atril especial para las partituras. Este carpintero, un tiempo sacristán, dominaba el gregoriano, aprendido en el monasterio, y devoraba los conciertos de Radio Clásica mientras trabajaba la madera. Su vino de pitarra, excelente, también fue probado por los artistas. Después del recital, en un bar de la puebla nos tomamos un aperitivo, y entre copa y copa Miguel recriminaba a Esteban una nota que le despistó, cuando en realidad lo que ocurrió es que las partituras, en un momento dado, se le deslizaron del atril y Esteban tuvo que improvisar sobre la marcha. Recuerdo que en estas VI Jornadas hubo un concierto de órgano a cargo del gran organista y compositor extremeño, Juan Alfonso García, que por entonces era organista de la catedral de Granada. Por aquellos días actuó, asimismo, el orfeón masculino “Vasco Núñez”, de Jerez de los Caballeros, que dirigía el sacerdote Francisco Tejada Vizuete, y que estrenó un himno a Santa María de Guadalupe como Reina de la Hispanidad, letra de Nicolás Sánchez-Prieto y música de Miguel del Barco.

Estamos en 1979. Apagados los ecos del Cincuentenario de la Coronación de la Virgen de Guadalupe, que contó con la presencia de los Reyes de España, los Caballeros de Guadalupe deciden homenajear al organista Miguel del Barco, que desde que empezó a colaborar anualmente con su concierto de la noche del once de octubre, lo hacía sin interés alguno, además de conseguir para la causa guadalupense a personas del mundo de la música clásica que también colaboraban con nosotros de manera prácticamente desinteresada. Con este motivo, el día 10 de octubre, en el tantas veces citado cuartelón del mudéjar actuaron Esteban Sánchez y el trompa de la orquesta

Nacional de España, Miguel Ángel Colmenero, interpretando obras de Saint-Säens (*Pieza de concierto*) de Mozart (*Concierto en mi bemol mayor número 3*), de Muñoz Molleda (*Concierto para trompa y piano*), de Kiel (*Larghetto de con cierto*), y de Kling (*Concierto en fa mayor*). De regalo, el malogrado Miguel Ángel Colmenero interpretaría el Intermedio de Marina, de Arrieta.

Como recuerdo de aquel bonito concierto, se puede oír una grabación de una parte del concierto de Saint-Säens, realizada con los pobres medios de entonces por quien os habla, y que es lo único que, desgraciadamente, conservo de las actuaciones de Esteban en Guadalupe. Otras grabaciones que sé que se hicieron, de manera asimismo artesanal, fueron borradas por sus autores o se extraviaron. Nunca se grabaron estos conciertos por profesionales, con el valor que hoy tendrían.

Al año siguiente, 1980, el día 8 de octubre, se le hace un merecido homenaje a Esteban Sánchez. Dice la crónica de este acto que se le hacía al impenitente enamorado de Guadalupe y protagonista principal de muchas jornadas en este monasterio. Actuó la orquesta de Cámara del Conservatorio de Badajoz, fundada en 1977, compuesta por profesores y alumnos del citado centro pacense. Patrocinaron el acto el Ministerio de Cultura y la Institución "Pedro de Valencia". Dirigida por Manuel Almansa, que falleció pocos años después, interpretaron piezas como el Concierto en la menor, de Bach, y el Concierto en sol menor de Albinone entre otros. Hablaron al final, el que suscribe, asimismo, Miguel del Barco, la directora del Conservatorio pacense y, al final, Esteban Sánchez con palabras de agradecimiento. Se contó con la presencia de Enrique de la Hoz, Antonio Ruiz Berjano, José Luis Rodrigo, y el crítico musical, Andrés Ruiz Tarazona, quien luego me comentaba la pérdida tan importante que representaba para el mundo del piano la retirada de Esteban de los escenarios. Al día siguiente, como continuación del citado homenaje, José Luis Rodrigo y Antonio Ruiz Berjano interpretaban a la guitarra, en un memorable concierto, obras de Rosenmüller, Vivaldi, Carulli y Sor. Así se pagaba el amor desinteresado por Guadalupe del maestro de Orellana la Vieja. Ambos conciertos tuvieron lugar en la denominada Iglesia

Nueva. No poseo recuerdo fotográfico de los mismos, salvo una foto donde estoy entregando una placa a Esteban. Las fotos que faltan se darían a los actuantes, puesto que era la costumbre.

No quiero que pasemos las hojas del calendario sin recordar otra faceta de nuestro pianista, como era la escritura en revistas y otros medios de comunicación. Yo recuerdo que a principios de este año de 1980, Esteban publicaba un artículo en la revista del Monasterio (revista que dentro de cinco años será centenaria, y que es digna continuadora de aquella que fundara don José Fogués, secretario de Cámara del obispo de Coria, en 1906, y que se hacía en Cáceres). Esteban, con el título de “último adiós a Vicente Cerezo”, escribe unas palabras en recuerdo de esta persona, jorobada de nacimiento, que trabajaba como administrativo de la Revista guadalupense, de inteligencia natural, culto y enamorado de la música:

“Iban a hacer cincuenta años” que en Alía, en ese extremo de la Extremadura verde, oscura y montuosa, nació Vicente Cerezo, uno de los seres dentro de su humildad y sencillez más conspicuos que yo haya conocido en mi largo peregrinar, por la tierra nuestra. Y ahora, cuando escribo estos renglones, harán poco más o menos cincuenta días que Vicente fallecía en el umbral de 1980, muy cerca de su pueblo natal, en su otro pueblo, en ese pueblo de -todos los extremeños: Guadalupe

Si es inevitable recordar a Vicente aunque sólo se hubiera estado con él unos instantes, cuánto y cómo le recordaremos los que fuimos sus amigos más allegados. Su caminar arrítmico, la emisión de su voz apocada, esa figura suya de imposible cuadratura... Sin embargo, todo en él armonizaba en perfecto mimetismo en ese perpetuo y prodigioso desafío al equilibrio que es Guadalupe, en esas empinadas y serpeantes calles con los elementos de madera al descubierto, de voladizos pensiles, por donde se derrama el lujuriente y místico verdor de los diminutos vergeles. Cuántas veces Vicente detuvo sus entrecortados pasos casi sin apercibirse, elevando la cabeza para contemplar esos balconajes henchidos y rebosantes de policromas flores, quizá con ese mismo deleite y ternura que el de las manos femeninas que allí, cuidan de poner tanta belleza .

Pero Vicente, físicamente maltrecho, de contorno impreciso, difícilmente recortable, nunca chocaba a la vista de nadie, muy al contrario su aspecto producía e inspiraba confianza y sosiego absolutos a todos los que tuvimos la dicha de conocerle y a los que simplemente se cruzaron una sola vez en su camino. Enseguida adivinábamos que Vicente a pesar de sus limitaciones físicas, podía, quería y sabía ser útil en grado sumo a sus semejantes, a los cuales nos cabe la duda de si pudimos y supimos, que querer sí, corresponder y asemejarnos a él en esa bondad natural que tan propia le fue. Lo demás que importa, su ser contuvo un alma hermosa, y nosotros, sus amigos, en la hora de la única verdad, rogaremos a Dios nos deje estar junto a Vicente en el más allá como siempre lo estuvimos en Guadalupe”.

Llegamos al año 1982, año en que los Caballeros de Guadalupe dedicarían las Jornadas al 75 aniversario de la proclamación de la Virgen de Guadalupe, como Patrona de Extremadura. No podía faltar, con este motivo, Esteban Sánchez. Su concierto se volvía a dar en el cuartelón del mudéjar, el día 10 de octubre, esta vez acompañado por el profesor de oboe del Conservatorio madrileño, Miguel Quirós, persona delicada y de excelente sonido con su instrumento. Ambos interpretaron *Sonata en sol mayor*, de Sanmantini; *Sonata en fa mayor*, de Mozart; *Patres et rithmes champetres*, de Foret; y Esteban solo, *La andaluza sentimental*, y *Miramar*, de Turina, con motivo de los cien años de su nacimiento, así como la *Sonata* de Saint-Saëns. Este concierto servía para homenajear al poeta y periodista de *ABC*, Santiago Castelo, por su contribución periodística a los actos que se venían celebrando en octubre en Guadalupe.

Llega 1983, y con motivo del segundo centenario del padre Soler, se programa un concierto de piano y órgano, que tocarán Esteban Sánchez y Miguel del Barco. Esteban tocó en un piano de cola y Miguel en un órgano de su propiedad traído en la baca de su coche desde Madrid. Las piezas interpretadas fueron los *Conciertos números 1, 2, 3 y 6* del citado músico jerónimo. Este sería el último concierto que diera Esteban en Guadalupe encargado por los Caballeros de la Virgen. Al poco tiempo yo dejaba el cargo de Presidente tras catorce años de mando.

Pero nuestro ilustre pianista no dejaría de venir a la vieja puebla guadalupense tan querida para él. En la llamada Iglesia Nueva, la Institución Cultural “El Brocense” de la Diputación de Cáceres, organiza, el 11 de octubre de 1984, un concierto de piano con la intervención de Esteban, que tocará las siguientes piezas: *Pasacaglia*, de Haendel; *Variaciones en si bemol*, de Mozart; *Bagatela en mi bemol*, de Beethoven; *Vals número 14 en mi menor* y *Polonesa número 14 en sol sostenido*, de Chopin; *Danzas españolas números 2 y 10* de Granados; *Miramar*, de Turina; y *Barcarola, Malagueña y Capricho*, de Albéniz. En este concierto observamos que Esteban traía un dedo vendado. Luego nos enteramos que estuvo a punto de perderlo cortando jamón. La circunstancia, a pesar de que nuestro pianista sólo se limitaba a actuar en esporádicas ocasiones en Extremadura, corrió por el mundillo musical con la consiguiente alarma de si el maestro perdería el dedo. Hasta el mismo Baremboin se interesó por su estado. En este concierto, Esteban tocó con total brillantez, a pesar de que el local no era el más apropiado por su mala acústica. En un momento del mismo, Esteban se quita la venda del dedo. Cuando terminó el concierto, le pregunté por tal acción. Me dijo que le molestaba “porque estaba dando uno de los mejores conciertos de su vida”. A mí así me lo pareció, porque su actuación nos cautivo como nunca.

Al año siguiente, el 22 de abril de 1985, con motivo de la visita a Guadalupe de los expresidentes iberoamericanos, se daba un concierto en la bellísima sacristía del Real Monasterio. Esteban Sánchez interpretó lo siguiente: *Musette*, de Bach; *Pasacaglia*, de Haendel; *Sonata*, de Scarlatti; *Variaciones en si bemol mayor*, de Mozart; *Bagatela en mi bemol mayor*, de Beethoven; los *Valses números 9 y 14* y la *Polonesa número 14*, de Chopin; *Mazurca, Recitativo y Danza española número 10*, de Granados; *La Sevillana alegre y Miramar*, de Turina; y, finalmente, *Barcarola, Malagueña y Capricho*, de Isaac Albéniz. La solemnidad del acto en aquella hermosa sala, la presencia de las autoridades mencionadas y el numeroso público asistente, se unió a la enjundiosa ejecución, como siempre, de nuestro músico, que ya no volvería a tocar más en la puebla de Santa María de Guadalupe.

Pero si para tocar ya no volvería, para iniciar el año sí lo siguió haciendo. Era su fecha favorita, porque pisar el suelo de Guadalupe el 1 de enero era como un nuevo testimonio, como renovar su amor por todo lo que para él representaba Guadalupe, con su Virgen y su Monasterio y su historia mariana y cultural de siglos. Antonio Baciero relata en su libro la anécdota de ese amigo de Esteban que le lleva a Guadalupe, y que al preguntarle días después por otras preferencias de viaje, el músico le contestó que “a Guadalupe”. Se enredaron en una discusión porque Esteban decía que había que ir a Guadalupe otra vez porque tenía una promesa, que era ir siempre a la vieja y entrañable puebla. ¿Qué explicación tiene esto? Yo creo que si de niño le inculcaron ese amor por tal lugar, adonde fue una vez andando en compañía de su familia, y él vio que eran muchos los vecinos que hacían lo mismo, de mayor no se olvida, como se puede demostrar, pues hay millares de ejemplos. Luego, si te casas allí; si en aquel lugar donde tu querida tía te lleva para que toques cuando eras niño; si en dicho sitio, ya mayor, donde diste varios conciertos, también te volvías Albéniz en la calle y en el bar, todos esos motivos afloraban cada primero de año, de tal manera que Esteban acudía a Guadalupe ... siempre. A todo ello añadamos que Esteban dejó su vida anterior para hacerse tierra extremeña, y en Guadalupe tenía su razón espiritual para vivir hasta su muerte en el lugar que nunca olvidó a pesar del piano, como era Orellana, y esta última senda de su vida la cumplió a rajatabla y nada ni nadie le convenció de lo contrario.

Esta última frase me hace citar una crónica de los diarios HOY y EXTREMADURA, de septiembre de 1949, en los que el que fuera durante unos años organista del Monasterio, fray Victorino Rafael Contreras, escribió la crónica de los conciertos que Esteban dio en Guadalupe en los días 8 y 9 de dicho mes. Esteban hacía unos meses que había cumplido 15 años y venía acompañado por su tía Petra Sánchez. Resumiendo la citada crónica, cuyo conocimiento se le debo a Joaquín Sánchez, hijo de Esteban, el padre Victorino dijo: *“Tan pronto como comenzó a interpretar su primer concierto, en seguida nos dimos cuenta de que ese trataba de un gran pianista y nos percatamos de que teníamos a un genio entre nosotros. Esteban Sánchez, a pesar de su corta*

edad, no es un niño tocando el piano; más bien parece ser un consumado artista de cuarenta años, tal es su serenidad y la confianza en sí mismo, la pureza de sonido que consigue, junto con la expresión; la personalidad que imprime en las obras de los grandes maestros y la limpieza con que ejecuta este niño hasta las obras más difíciles, como la “Danza de los gnomos” de Liszt por ejemplo. En el primer concierto tocó: Pasacaglia, de Haendel; Sonata quinta, de Beethoven; Finale, de Schumann; Vals en mi menor, dos Mazurkas y Estudio en sol bemol de Chopin; Dos Arabescos, de Debussy; La maja y el ruiseñor, de Granados, y, Cuba y Sevilla, de Albéniz. En el segundo concierto, interpretó :Sonata pastoral, de Beethoven; Intermezzo y Finale, de Schumann; Momento musical y Marcha heroica, de Schubert; Preludio en re bemol y Estudio 7 en do mayor de Chopin; Momento musical, de Rachmaninoff; Danza del Corregidor, de Falla y Danza de los gnomos, de Liszt.”

En cuanto al concepto que Esteban tenía de Guadalupe, queda reflejado en la contestación que da a una de las preguntas que en 1973, en víspera de su concierto en las Jornadas de Hispanidad de aquel año, le hacen para la revista *Guadalupe*, sobre cuándo nació su devoción a la Virgen y su monasterio. El pianista contestó: *“la vez primera que vine a Guadalupe tendría 14 años. Lo hice de la mano del padre Victorino Contreras, por entonces y durante tanto tiempo organista del Monasterio de Guadalupe. El me trajo y la personalidad del mismo me exonera de todo comentario. Siempre recordaré como si hubiera entrado en un mundo nuevo mi primera impresión de Guadalupe. Andando el tiempo, doce años después, me casaría en su monasterio. Nunca podré ni sabré agradecer a ese hombre singular, que es el padre Victorino, aquel inicial conocimiento de lo que ha venido a ser uno de los puntos cardinales de mi existencia, tanto como artista que como extremeño”.*

No mucho antes de morir, Esteban vino a Guadalupe y entre copa y copa me habló de Rubinstein y de Oscar Esplá porque yo se lo pregunté. Pasé, con este motivo, un rato muy agradable con él porque cuando hablaba de música era un pozo sin fondo. Sus palabras, categóricas y cultas, servían para enmudecer al auditorio. De ahí que unido a su simpatía personal, heredada de su madre, el dominio del lenguaje musical hacía que los no iniciados no

se aburrieran y para enseñar a los que presumen de saberlo todo. Después de aquella charla le llevé a casa para que viera un viejo piano que poseemos de los años noventa del siglo XIX. Levantó la tapa, deslizó sus dedos por el viejo teclado que le sirvió para decirme que tenía “la dentadura” mal, y me sugirió que en una tecla pusiese un artilugio mecánico que al pulsarla levantaría la tapa de donde saldría una botella de vino. Salimos de casa, nos despedimos con un abrazo y ya no volví a verle con vida.

Cuando su entierro, fui a Orellana para despedirle. Entré en la sala donde estaba depositado su cuerpo. A su lado, en el atril de su piano, había una partitura. Se trataba de *Arabesco*, del alicantino Pérez Ribes. Después del oficio religioso, a la salida, desde un pequeño altozano, los amigos nos situamos para darle el último adiós. Yo no pude contener las lágrimas. Carmelo Solís que estaba a mi lado me cogió una mano para darme ánimo ante lo irremediable de la desaparición de aquel extremeño tan importante como amigo y como intérprete al piano.

Como en una especie de coda, les diré que con fecha 10 de noviembre de 2008, fui invitado a una finca cercana a Guadalupe, cuyo dueño, familiar mío, me invitaba a cenar en compañía del ex-presidente Felipe González y el eminente pianista y director de orquesta, Daniel Barenboim. Aprovechando la ocasión y sabiendo de su amistad con Esteban, le llevé un ejemplar del libro de Antonio Baciero, que le regalé con gran alegría por su parte al verse retratado con nuestro pianista, así como con los comentarios sobre su persona que aparecen en el libro. El celebró que por fin se hubiesen editado en CD los conciertos de Esteban de la firma.